

El Laberinto de la Soledad

LA SOLEDAD: CONDICION Y PROMESA DEL HOMBRE

EDGARD SANCHEZ SALAZAR

La idea directriz en **El Laberinto de la Soledad*** establece la relación hombre mexicano-historia en un plano universal. Como todos los hombres, el mexicano afronta la historia. "La mexicanidad —afirma Paz— será una máscara que, al caer, dejará ver al fin al hombre" (153). La posición ensayística de Paz como filósofo de la historia, es un esfuerzo por aclararnos cómo han vivido los mexicanos las ideas universales. Su meditación sobre el hombre responde a la lucha del hombre actual por encontrarle sentido a su existencia problemática. Paz está básicamente motivado por la crisis contemporánea que anuncia como "una escisión en el seno de nuestra civilización" (154).

El epígrafe nos da una clave para descubrir el sentido de la obra:

Lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana: Identidad=Realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en lo otro, en "la esencial heterogeneidad del ser" como si dijéramos, en la incurable otredad que padece lo uno.

Antonio Machado

Octavio Paz continúa a Machado, lo trasciende, avanzando desde el punto en que éste se detiene al enunciar "lo otro" como constitutivo de "lo uno", al evidenciar la complicidad poética con lo real.

* PAZ, Octavio. *El Laberinto de la Soledad*, 7ª ed. México: Fdo. de Cultura Económica, 1969.

El tema se enriquece al enunciar Paz los fundamentos esenciales de la soledad. Se aprecian dos partes en la cita: la posición del racionalismo frente al problema de la entidad ("lo otro no existe... lo mismo") en contraste con la segunda parte que expresa el problema de la búsqueda auténtica del hombre con "fe poética" como dice el autor. Hay una doble abertura al análisis: primero, una verdad expresada por el poeta que deben encontrar todos los hombres en su vida particular, y segundo, un lenguaje poético, sencillo y claro, efectivo por demás. El lenguaje afirma la intimidad, la frase poética tiende a un decir irrevocable y final.

El propósito de este trabajo —entendidos los planteamientos anteriores— es aclarar que en **El Laberinto de la Soledad** la conciencia de soledad es fundamental para el encuentro de la autenticidad humana, entendiendo por tal el que el hombre llegue a ser lo que verdadera y radicalmente es cuando no está enajenado.

Ser uno mismo es, siempre, llegar a ser ese otro que somos y que llevamos escondido en nuestro interior, mas que nada como promesa o posibilidad de ser, (156).

La relación autor-lector-temática está dada a partir de las dos primeras palabras del texto: "A TODOS", canalizadoras de una motivación y participación decidida de ambos (autor-lector) en la idea que se plantea. El problema: el hombre. La soledad, el elemento necesario para que el hombre se encuentre a sí mismo. Es un problema que nos concierne a todos en la medida particular de la vida individual. La soledad participa en nuestra vida de dos maneras: es condición: "la soledad es la condición misma de nuestra vida" (175); es promesa: "... una promesa del fin de nuestro exilio" (176). La convergencia de los dos elementos, condición y promesa, la encontramos definida así: "Sentirse solos posee un doble significado: por una parte consiste en tener conciencia de sí; por la otra, un deseo de salir de sí" (175).

La soledad en su aspecto negativo, como condición, equivale a orfandad entendida como separación del seno materno. Esta connotación da la idea de un sentirse y saberse solo, desprendido del mundo y ajeno a sí mismo (175). La lucha eterna del hombre está en esa "tentativa por restablecer los lazos de la creación" (175).

La oscura conciencia de no encontrarse, la vive el Pachuco —entre otros: ejemplos— en su tribulación de saberse en fuga de su cultura, de su país, de su gente, y por otra parte, en ese duro regreso a

la intimidad que todos, en algún momento de nuestra vida, afrontamos: hallarnos solos y querer ser hombres. El Pachuco es un mexicano que vive entre dos culturas —mexicana y norteamericana— sin pertenecer a ninguna de ellas. En su angustia no se siente inferior, se siente distinto (18); lleva una máscara, es decir, intenta disimular el problema vital que lo desgarrará íntimamente. Su marginación es un símbolo del instinto de destrucción que existe en él. Pero esta tendencia a la destrucción, dice Paz "no se deriva nada más de tendencias masoquistas, sino también de una cierta religiosidad" (21). Sin embargo, más que la autohumillación y "ausencia del espíritu mexicano" que le garantizan el nombre de Pachuco y señalan su negatividad tejida de contradicción y enigma, lo que más identifica al hombre mexicano es la soledad. Por eso la única salvación que le augura Paz es el reencuentro de esa sociedad que pretende negar (16). Allí se encontrará.

Pero el hombre no entiende su soledad, se le vuelve un caos donde va a perderse sin realizar las promesas que esta lleva implícitas (aspecto positivo). De ahí que no toda soledad es igual. La soledad del mexicano es de la cerrada; es un hombre hermético, cerrado al exterior. En el plano histórico, el mexicano está cerrado a su pasado: "el mexicano no quiere ser ni indio ni español" (78). En su actitud hay ironía, pero también resignación. Su malestar revienta en el grito, ni siquiera en la palabra que es el medio de la comunicación efectiva. Este grito es la manifestación deformada de un sentimiento de rechazo a su pasado. El masoquismo aparece de nuevo: quiere mostrarse como víctima. El lema grande de esta soledad cerrada es único: "No rajarse", que quiere decir no permitir al mundo exterior penetrar en su intimidad; desde ahí quiere explicar el concepto de hombría y la inferioridad de la mujer.

La soledad abierta cumple la dialéctica de la soledad; el hombre se acerca a su autenticidad en la medida en que vive y acepta esta dialéctica que lo aísla de los demás para abrirle un camino hacia ellos. "El mexicano y la mexicanidad —dice Paz— se definen como ruptura y negación. Y así mismo, como búsqueda, como voluntad por trascender ese estado de exilio" (80). El error del Pachuco, pues, fue el sentir y vivir este postulado al revés; se fugó pero nunca regresó; creyó que al clasificarse como "distinto" se encontraba, pero fue a hundirse más —como dice Paz— en ese "vacío de espacio". Se condenó.

La soledad abierta nos va a llevar a la comunicación o, según Paz, a la comunión. El punto de partida está en el hombre. De él se

sale y a él se llega. Empezar a salir de sí es tener conciencia de nosotros mismos. Está aquí justamente el enjuiciamiento más grave que Paz hace a los mexicanos: "Porque todo lo que es el mexicano actual, como se ha visto, puede reducirse a esto: el mexicano no quiere o no se atreve a ser él mismo" (66). Entonces cuál es el problema básico que obstaculiza el paso de la soledad a la autenticidad? Es la máscara que el hombre, y no solamente el mexicano sino todos, se pone en sus diversas actitudes vitales. Y máscaras son: el machismo, la simulación, el ninguneo.

El hecho es que el mexicano se ha buscado históricamente como pueblo desde la Conquista hasta la Revolución (148). La Revolución mexicana se entendió como una búsqueda del ser (122) reanudación de los lazos con el pasado, entre otras cosas rotos por la Reforma y la Dictadura (134); y como inventarse un México fiel a sí mismo (157).

Sabido esto, la verdad es que cualquiera que sea su circunstancia, el hombre en su vida individual llegará a su autenticidad cuando esté en la soledad abierta, al fin solo, sin máscara, para empezar a vivir de verdad. "Vivir es —afirma Paz— separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser, futuro extraño siempre" (175).

Finalmente y llegando al fondo de la concepción de Paz, la soledad es un laberinto por cuyos vericuetos llegamos al centro de nosotros mismos donde encontramos esa fuerza de conocimiento que nos va a marcar como auténticos. Surgen aquí los conceptos de espacio y tiempo míticos. La soledad como condición, o sea el hombre arrancado del Paraíso, es de raigambre mítica: "El sentimiento de soledad, nostalgia de un cuerpo del que fuimos arrancados, es nostalgia de espacio" (187). Este espacio puede ser aquel centro del mundo, omnbligo del universo, lugar sagrado cuya concepción se encuentra en casi todos los pueblos junto con el mito del laberinto igualmente "fencundo y significativo" (188).

Pero no solamente ha sido el hombre arrancado de un lugar sagrado que está condenado a buscar, sino que también fue desprendido de un tiempo mítico, ideal "en el que estaban contenidos todos los tiempos, el pasado y el futuro", y donde a diferencia del tiempo cronológico, no existía la sucesión y el tránsito. La búsqueda queda montada sobre la estrecha relación vida y tiempo mítico. Ese tiempo original nos lo revelan la Fiesta y el Amor que, fugazmente, nos trasladan del transcurrir a la eternidad. Cuando este tiempo "vivo" se

hace presente, "el hombre rompe su invisible cárcel y accede al tiempo vivo"; "el hombre rompe su soledad y vuelve a ser uno con la creación" (190).

Concluimos. La soledad es un elemento constitutivo del hombre que al trascenderla le permite alcanzar la autenticidad. Es un laberinto de carácter mítico. La soledad que Paz presenta como principio explicativo del comportamiento del mexicano tiene dos dimensiones: una histórica y una cósmica. El mexicano se siente solo como criatura cuando es arrancado de la creación; solo como ser histórico, cuando es arrancado de la tradición nacional. La soledad, es doble y esto la identifica: ruptura con la creación y ruptura con las formas de su pasado histórico. El equilibrio se restablece cuando la soledad puede salvar al hombre. Su valor está en el juego de fuga y regreso. En su potencialidad. El partir al encuentro de lo auténtico está en comprender, en tener conciencia de sí y del tipo de laberinto por el que se optará: cerrado o abierto. La realidad presupone un examen frío y a la intemperie del problema. La soledad se mueve en un esquema de valores dados a partir de la propia individualidad y nos llevará en su rica gama de potencialidades, al encuentro de ese "otro" que somos nosotros mismos.